

LA MONTAÑA

DIARIO DE LA MAÑANA

Primera plana..... 0.25 ptas. línea
 Segunda id..... 0.15 »
 Tercera id..... 0.10 »
 Cuarta id..... 0.05 »

CORTESIAS ENTREGAS NOTICIAS
 — 0.20 PESETAS LÍNEA —
 Especiales (2.ª plana) 5 líneas
 — CINCO PESETAS AL MES —
 Por cupones, precios convencionales

Año III

Cáceres, Martes 12 de Febrero de 1918

Núm. 637

CANDIDATO MAURISTA POR CÁCERES

Don Juan Vitórica Casuso

ANTE LA REALIDAD

Los que dudaban ya no dudarán; los que explotaron como arma el proparar la idea de que D. Juan Vitórica no vendría a Cáceres, han visto sus esperanzas fallidas: D. Juan Vitórica está en Cáceres, donde todos los elementos que le presentan y le apoyan, le han hecho un recibimiento como ha muchos años no se recuerda otro igual; un recibimiento que colma las aspiraciones del que mayores las tenga, porque dice con la elocuencia de lo que es tangible y real, la evidencia y la verdad; un recibimiento cuya importancia nadie que no esté ciego, puede negar, porque fueron muchos los centenares de ojos que lo vieron, que de él atestiguan con esa fuerza incontrovertible de los hechos.

Pasaban los carrusjes por las calles y por las plazas a su regreso de la estación; y el pueblo que en las primeras horas de un día primaveral los veía pasar, expresaba en sus rostros y en sus dichos la conciencia de lo que significaban. Era la unión que se imponía para el bien de la Patria y para el bien de estas tierras extremeñas que tanto merecen: Era la unión realizada. Era el anuncio del triunfo.

D. Juan Vitórica está en Cáceres y á estrechar su mano, á saludarle, á reiterar sus ofrecimientos de apoyo y sus entusiasmos por la lucha, han acudido tantos, tantos que al verlos la esperanza se afirmaba. ¿Quién osará continuar diciendo que don Juan Vitórica, para triunfar necesita comprar el acta, viene á comprar el acta? ¿Quién se atreverá á continuar con ese tópico con el que se ha querido disimular la segura derrota del candidato albista, de hablar de fantásticas contratas de votos, de derroches de dinero.

Después del recibimiento que Cáceres ha hecho al señor Vitórica, ya no hay quien pueda decir que el Sr. Vitórica está solo, que viene presentado por un remedo de partido sin fuerza y sin elementos, que para luchar tiene que acudir al soborno. Las numerosísimas personas que han acudido á casa de D. Miguel Muñoz á visitar al Sr. Vitórica, dicen todo lo contrario: No está solo el señor Vitórica, no le presenta un remedo de partido, no. Al lado del Sr. Vitórica están todos los elementos de valía, de fuerza de Cáceres, unidos estrechamente por comunidad de ideales, dispuestos á trabajar con fe, trabajando ya incesantemente. Al lado del Sr. Vitórica están todos, todos los que quieren á Cáceres porque quieren á España con amor desinteresado, á la España creyente y monárquica, á la que fué grande, á la que volverá á

serlo porque debe serlo. Están todos, todos los que tienen á su lado la inmensa mayoría de la opinión, del pueblo, que á despecho de predicaciones, de edios, ve en ellos á sus protectores verdaderos, á los que socorren sus necesidades con obras, no con huera palabrería. Al lado del Sr. Vitórica están todos, todos los que quieren el imperio de una era de paz y de trabajo fructífero, que bendito por el amor traiga de la mano al bienestar.

No somos nosotros los que sentamos estas aseveraciones, no son palabras nuestras, son los hechos que hablan, son la realidad que nadie puede negar, porque ahí ante todo el mundo han ocurrido y se ha mostrado, porque todo Cáceres los conoce, porque lo han visto infinidad de personas. Los hechos, es la realidad; y los hechos y las realidades no las destruyen, no las ocultan, no los desfigurán las palabras. Negar los hechos, negar las realidades es temerario. Las palabras se las lleva el viento, los hechos permanecen perennes, incommovibles, diciendo: Somos.

D. Juan Vitórica está en Cáceres, donde su nombre es bandera de una lucha de ideales. D. Juan Vitórica está recorriendo el distrito y recogiendo en él las mismas pruebas de adhesión, de entusiasmo que en Cáceres.

D. Juan Vitórica, que huje de promesas electorales, que se quedan en eso, en promesas, lleva á los pueblos del distrito con su palabra familiar, llana, sincera, expresión de la sinceridad de su corazón, las convicciones de que cumplirá con sus deberes.

Y sus afirmaciones serán cumplidas, porque tienen una garantía que es la mayor de las garantías: el historial de sus obras sociales, de esas obras en las que habla la acción y no las palabras.

Darán algunos que no conocen esas obras; ¡en estos tiempos en que se sabe todo!

Los que tal digan son los que aseguran que el señor Vitórica estaba solo y le presentaba un remedo de partido; y lo decían cuando era pública y notoria la unión de las derechas, cuando era público y notorio que el nombre de D. Juan Vitórica era la bandera con que esas derechas irán á la lucha en Cáceres.

La Realidad se impone; se la cerrará el paso de momento; pero al fin y al cabo se abre paso.

Mauricio Quirós Ceresoles
 PROCURADOR AGENTE DE NEGOCIOS

Política Provincial

Habilidades electoreras

NO ES CIERTO

«El Noticiero» de ayer, en vista de que las anteriores habilidades electoreras que ha puesto en juego, no han surtido efecto, recurre á la de publicar un telegrama, que firma el Sr. Díaz López, en el que este señor afirma que don Juan Vitórica lucha por Cáceres sin autorización, é ignorándolo D. Antonio Maura.

Nosotros, á quienes ni «El Noticiero» ni el Sr. Díaz López, pueden desautorizar, porque tenemos pruebas irrefutables, AFIRMAMOS QUE D. JUAN VITORICA CASUSO LUCHA EN CÁCERES CON LA AUTORIZACION Y EL BENEPLACITO DE D. ANTONIO MAURA, EL CUAL APROBO EN UN TODO EL MANIFIESTO DEL SR. VITORICA A LOS ELECTORES DE CÁCERES; Y EL CUAL RECIBE TODOS LOS DIAS «LA MONTAÑA, CUYA CAMPAÑA APRUEBA.

Decir que el Sr. Maura, que recibe y lee todos los días LA MONTAÑA, como lee todos los periódicos mauristas, ignora que el Sr. Vitórica se presenta por Cáceres, cuando en grandes y visibles caracteres lo venimos diciendo hace infinidad de días, es para reírse y para suponer que quien tal cosa escribe cree que los lectores son tontos.

Decir renglones más abajo que si el Sr. Vitórica insiste en presentarse por Cáceres, le desautorizará el Sr. Maura, es contradecirse, porque

si ignora que se presenta por Cáceres, ¿cómo puede pensar en desautorizarlo si insiste en presentarse? En qué quedamos, Sr. Díaz López y «Noticiero», ¿ignora ó no el Sr. Maura la presentación del Sr. Vitórica? Porque si la ignora, sobre lo de él si insiste en la presentación y si la sabe, sobre lo de él ignora la presentación. Para otra vez hay que ser más hábiles en dar los noticiones, que habilidades sin ser hábiles, es hacer... el ridículo; y vamos, repetir todos los días el delirio regionalista de Brozas, es... mucho amor á las planchetas.

Además el Sr. Díaz López y los que su telegrama publican no conocen ni al señor Maura ni al Sr. Vitórica. El Sr. Vitórica es incapaz de hacer en política cosa alguna que no lleve el beneplácito del Sr. Maura; y si el Sr. Vitórica no hubiera contactado con la autorización del Sr. Maura para presentarse por Cáceres, en cuanto se hubiera enterado, y que se ha enterado ya hace rato por LA MONTAÑA y por cartas particulares, la desautorización hubiera venido ya hace tiempo.

Esté tranquilo «El Noticiero» y para otra vez no se ofusque el Sr. Díaz López:

D. JUAN VITORICA CASUSO LUCHA POR CÁCERES CON EL BENEPLACITO DE D. ANTONIO MAURA.

¿Está claro?

COMENTARIOS POLITICOS

El reinado de Momo

Apenas apuntaba el sol esta mañana y ya recorrían las calles de la urbe cortésana energúmenos revestidos de arlequiniscos colorines. La embriaguez y la estulticia, en íntimo consorcio, daban escolta al vicio. Se oían voces desgarradas salidas de gargantas resacas; apóstrofes, improperios y vitores sin causa ni razón; se hacían cabriolas grotescas, como si los hombres tuvieran empeño en confirmar la teoría darwiniana. Era una alegría estúpida y fugida, sin arte y sin donaire.

En el desfile de chisteras chafadas, corbatas deshechas, fraques arrugados y cabelleras despeinadas, —notas sintéticas de este cuadro bufo— los rostros de las mujeres eran como una imprección á la gracil belleza femenina. Nada tan repulsivo como aquellos líbricos ojos sonnolientos, aquellas pretuberancias dislocadas y ceñidas con perversa exageración, aquellas trizas zafias y aquellos cantares obscenos... Si esto es divertirse, la Humanidad es imbecil. Buscar alegría en el propio ridículo, en danzar vertiginosamente

de las injusticias sociales, se olvida de los programas redentores para hacer irrupción en los paseos aristocráticos, vestido de destrozona, tiznado el rostro y turbio el espíritu por el alcohol, con el único propósito de hacer reír á los que contemplan su absurda facha.

En la antigüedad, las fiestas paganas, aun las más repugnantes, obedecían al culto de un ideal. Cuando el pueblo se divertía, ponía en su regocijo algo más que la carne. Pero nuestro pueblo, inculto, soez, ausente de todas las grandes conocimientos del pensamiento, se revuelca en el cieno de su propia estulticia como un buen asno retozón al sentir el halago de las praderas. Con razón dijo el inspirado Manuel Verdugo, ante la desoladora visión de estas multitudes idiotizadas:

«Jehová, Zeo, Jesús! igneo tridente, magna constelación, triángulo inscrito en el cero que abarca lo infinito, ipon un crisma de luz en cada frente!

La humanidad bosteza indiferente hollando el lirio de la fe marchito; ni áurea leyenda, ni sagrado mito surgen ya, como antaño del Oriente.

Jehová, Zeo, Jesús! Voz angustiosa, ve á perderte en la noche silenciosa, ¡no hay un eco en la tierra para tí!

Bajo el cielo sediento de plegarias, yerguen sus cumbres, mudas, solitarias, el Gólgota, el Olimpo, el Sinaí...»

Tiene razón el poeta. No hay un eco para la voz angustiosa del dolor. Mientras los hombres se matan, mientras España sucumbe por obra de gobernantes ineptos, el pueblo se divierte. ¡Qué pena da ver estas cosas!

LÁZARO CASAJUANA.

(Prohibida la reproducción.)

CUENTOS DE «LA MONTAÑA»

La ilusión se va

A primera noche salieron los pasajeros sobre cubierta para contemplar el grandioso espectáculo del encespado mar bañado por los rayos de la luna.

Diana llevaba, como siempre, con esa suprema elegancia que la distinguía en todo momento, en el comedor, en el salón de conciertos, en todas partes donde se presentaba, la novena «toilette» que colocara sobre su cuerpo durante aquel solo día. Creyárase inagotable el guardarropa de esta mujer extraña de ojos verdes, que viajaba sola, sin más compañía que una camarera, menuda y vivaracha, que seguía á la señora en todo momento cargada con el inmenso y suntuoso gabán de pieles, ¡porsí se le ocurría salir á pasear por la cubierta. Sería digno de admirar el interior de los innumerables bagajes que en sus camarotes había depositado.

No era ella mujer de teatro, que bien se lo habían insinuado sus compañeros de travesía para ver si soltaba prenda. Por fin hubieron de quedar convencidos que tan distinguida dama no había pisado jamás el tablado de la farsa. Sólo, sí, cantaba un poquito; y en una noche de reunión pudieron oír de

sus labios la más sentimental y dulce canción que saliera de labios argentinos. Se la tenía por soltera, libre y un mucho millonaria. Por lo que había dado á entender, viajaba sola por el mundo para matar su tedio, su «spleen». Importábele muy poco derrochar los miles de pesetas como la espuma, y unos buenos centenares de ellos había derrochado ya ahora cuando volvía á su tierra nativa después de una ausencia de tres años; ¡tres años! que pasáralos en sus glorias, en continua actividad de ir y venir en todo género de locomociones, sin que el cansancio jamás hubiera acudido á su rostro.

Llegaban claras hasta allí las melodiosas tocatas de la orquesta de zingaro que desgranaban enervantes vales en la sala de recreos. Pocos viajeros quedaron allá entregados á la danza como lenitivo al aburrimiento de una tan larga travesía.

Se respiraba sobre aquel monstruo flotante, que caminaba bajo el cielo tachonado de estrellas y la pura irradiación de la luna, un ambiente de melancolía, de ensueño, de nostalgia embriagadora que acentuaba aún más el vaporoso fluido que se desprendía de las telas perfumadas.

—¿Ha visto usted la americana qué hermosa está?
 —Sí, en efecto; pero me parece algo excéntrica...
 —¡Oh!, su carácter es muy amable...
 —Eso sí.

Continuaba Diana acodada á la barandilla, flotando sobre su cabeza un magnífico airón sujeto á la cabellera por un broche de costosa pedrería que centelleaba á la luz de la luna. Detrás, imperterrita, permanecía callada la doncella, sosteniendo en sus brazos el abrigo que su dueña no había querido ponerse. ¡Era tan apacible la noche! Además, aquella brisa que corría hacía mucho bien en el rostro, en los desnudos brazos y en el exagerado descoque que lucía con magnificencia de reina.

—¡Eh, venga usted acá, poeta!

—Un poco más lejos se destacaba una silueta que recordaba la claridad lunar como una sombra. Fija siempre en el lejano horizonte permanecía horas y horas como hipnotizada por el asombroso poder del mar y el firmamento que se conjuncionaban en la lejanía. La figura fué avanzando y se hizo perceptible.

—¿No quería usted saludarme? No puedo adivinar qué motivos hay para que así me trate...

—¡Diana!...
 —¡Nada de excusas, mi amigo! ¡Sabe demasiado que no me agradan las excusas! ¡¿inda cosa venir á mí con disculpas!

—No, no trato de disculparme...

—Entonse... diga ¿por qué no vino á buscarme al salón para dar el paseo de todas las noches?...

—Sí, Diana; sí entré. Pero vi que estaba usted distraída en amable coloquio con unos cuantos pasajeros y no quise cortar su «flirt». Además, vi

que se divertía usted mucho...

—¡Oh, no hable así! ¿sabe?; ¡no consiento de ninguna manera que me diga eso! ¡me hace mucho daño! Ya sabe usted que a su lado es cuando me hallo más contenta.

—¿Diana?...
—Nada, mi amigo; es a mi poeta a quien prefiero. Sería bonito que ahora tuviera selos; ¡lindo no más!...

Hablada con esa cadencia y dulzura tan características en los hijos de América; poniendo música a sus palabras y manejando con coquetería el abrigo que su doncella la había colocado poco antes.

—¿Quedamos en que no ausederá más, ¿eh? Esté con quien esté venga a buscarme a nuestra hora ¿sabe?

Felipe Roldán estaba confundido. Cada vez que se le acercaba la espléndida argentina en deliciosa «causse-rie», su vista se turbaba y toda su verbosidad, en él tan peculiar, desaparecía.

Escritor de renombre en España, marchaba a América comisionado en muy buenas condiciones, para dar una serie de conferencias literarias en los ateneos de varias repúblicas, y de paso extender el mercado de la literatura española. Con gran placer hubo de embarcar, aguijonado por el deseo de conocer las tierras hermanas del otro lado de los mares, y a las que tanto había oído cantar y alabar en millares de libros y revistas.

A la tercera noche de travesía hubo de hacer amistad con la linda portefaña. No supo por qué, pero aquella mujer elegante y de una instrucción tan poco común en nuestras mujeres de acá, le subyugó por entero. Luego era formidable apasionada de la lectura. Conocía casi todos los autores españoles entonces en auge, y por consecuencia, había leído varios libros de Felipe Roldán. Esto hizo que la corriente de simpatía que se estableció entre ambos fuera más intensa que la que en realidad suele haber entre compañeros de viaje. Al notar cómo se buscaban el uno al otro, la maledicencia de los demás viajeros hubo de tejer la creencia de que algo más que la amistad pudo haber entre ellos. Y en verdad que parecían dos enamorados, que sin haberse dirigido la menor frase de cariño se comprendieran ¡allá en el fondo.

—¿Solterito, eh?—había interrogado Diana a Felipe Roldán, en cierta ocasión.

—Por ahora sí... ¡y quién sabe si para siempre!

—¡Oh, señor pesimista!... No me gustan las personas pesimistas; prefiero las que practican el optimismo en todo momento... Son más encantadoras... ¿cómo diré?... más alegres; ¡eso, sí!; más alegres... aun en sus dolores, porque siempre ven un rayito de esperanza que les da aliento... Yo, ya vé usted; ¡oltera soy, pero no por eso dejo de tener confianza en que me casaré algún día.

—No, no es precisamente eso. Es que tengo el presentimiento de que no sería muy feliz.

—¿Lo ve usted? pesimista otra vez...
—Perdone, Diana; no volveré a serlo más.

—Es lo mejor, señor poeta, créame. ¿Pero qué tendrán ustedes que siempre parecen tristes? ¡Ya; ya me lo explicó! Es que ustedes llaman prosaico al que se muestra alegre, al que confía... Por fuerza los poetas han de pulsar la lira para gimotear y

no hablar más que de cosas lúgubres ¿no es eso?

—Tal vez.

Pasaban los días, y Felipe Roldán sentía cada vez la necesidad de no separarse más de aquella mujer que tanto se había aferrado a su alma. Quizá sería una sgradable casualidad de tropezarse con ella, y estaría destinada a él... Es probable que el destino jugase esa partida para acercar dos almas de distintos continentes que nacieron para amarse... Mas antes habría que saber si ella era de la misma opinión. Por lo que de su fina observación deducía Roldán, parecía asentir también Diana a esta manera de pensar, bendiciendo la feliz casualidad de haberse tropezado con él en la vida. Resistíase a creer que aquella mujer le hiciera objeto de su entretenimiento para no pasar aburrída el pasaje; esto no podía ser ¿por qué no había de llegar a ser su esposa?

Pasábase las horas muertas, apoyado en el barandal de cubierta, pensando en esto que tanto le preocupaba. Y era cuando su turbulenta imaginación hacíase un lío con el dólado de deducciones, el momento en que llegaba a sus oídos la fresca voz de Diana que le llamaba: «¡Eh, señor poeta! venga acá».

El puerto.

¡Qué inmenso espectáculo el de los gigantesos muelles abarrotados de mercancías; de gente que acude ávida a recibir a los que vuelven y a observar a los que otras patrias arrojan para allá! Todo es fragor y chirriar de cadenas; continuo bullir de marineros y cargadores. Las enormes grúas funcionan en todas direcciones, extrayendo de las estancias del vapor los equipajes que van a parar a la aduana, y las mercancías que se depositan en los muelles. Y en medio de esta fiebre de entusiasmo y movimiento mercantil, los pasajeros descienden lentamente por la pasarela que une a tierra, a muchos de los cuales se les saltan las lágrimas porque ignoran lo que les reserva el suelo desconocido.

—¿Hasta cuándo, Diana?

—Hasta nunca.

Felipe Roldán sintió cruzar su rostro un frío latigazo.

—¿Cómo!... ¿Puede ser eso, Diana?

—Claro, amigo. A no ser que quiera usted visitarme en mi estancia. Ya verá, ya verá qué amable es mi esposo...

—¿Casada! ¡Y la muy falsa hablale mentido descaradamente durante quince días! ¡Había sido objeto de sus caprichos!...

Se dió cuenta de que algunos curiosos le miraban socarronamente, y echó a andar hacia el interior de la población. Tropezóse de manos a boca con Fernando Núñez, otro escritor exportado a América, que le estaba esperando.

—¿Qué tal el viaje?

—Bien, muy bien; excelente.

Tomaron un carruaje y poco después éste desaparecía en la lejanía hacia la ciudad maravillosa.

Una ilusión más se había desvanecido ¡para siempre!

ANTONIO CINTOS SANTIAGO.
Madrid y Enero 1918.

Luciano Mateos Villegas
Corredor de Comercio colegiado
y Procurador de los Tribunales

El Sr. Vitórica en el distrito

En el Arroyo

Continuando el recorrido, que antes de ayer comenzó, del distrito de la capital, el candidato D. Juan Vitórica Casuso salió ayer de ésta, acompañado de los señores Santamaría, Muñoz Torres (D. G.), López Montenegro (D. G.) y Acha, con dirección a los pueblos de Arroyo, Aliseda y Malpartida.

Puede decirse que del aspecto que presentan los pueblos, confirman en un todo las esperanzas que el candidato y sus numerosos amigos tienen en un triunfo tan seguro como resonante.

En el primeramente visitado, el Arroyo, esperaba a los expedicionarios un nutrido grupo de personas que saludó al Sr. Vitórica con efusivas muestras de afecto. Todos los conservadores del Arroyo y el grupo liberal que formó en las filas del malogrado Sr. Canalejas, salieron al recibimiento, y se mostraron decididos a emprender una entusiasta lucha bajo la bandera del orden, que hoy empuña el señor Vitórica.

El candidato y sus amigos hicieron varias visitas, volviendo de todas ellas gratísimamente impresionados.

Volvieron todos a juntarse en casa de D. Angel Holgado, donde fueron espléndidamente obsequiados con pastas y licor.

Allí los Sres. Muñoz, López Montenegro y Vitórica, dirigieron la palabra a los congregados, agradeciéndoles su cariñoso recibimiento y animándolos para la lucha.

Después se emprendió el regreso, siendo despedidos con iguales pruebas de simpatía que a la llegada.

En la estación de Arroyo

El Sr. Vitórica y sus acompañantes, fueron a almorzar a la estación de Arroyo-Malpartida.

En el tren ascendente llegaron a dicha estación acompañando al Sr. Garay, la mayor parte de las personalidades del distrito de Alcántara, que antes de ayer vinieron a saludarle, y de las que dimos cuenta en nuestro número de ayer.

Con el Sr. Garay iba además el Sr. Grande, el cual, una vez despedido del candidato de Alcántara, que marcha a sus posesiones del distrito, acompañó a los de Cáceres en su excursión a Aliseda.

En Aliseda

Este pueblo se encontraba animadísimo. Con motivo de las fiestas de Carnaval, lindas muchachas discurren por las calles céntricas.

Los numerosos amigos que los conservadores cuentan en Aliseda, salieron a la carretera a recibir al Sr. Vitórica, acompañándole hasta la casa de D. Juan Godoy Borreguero.

Allí hizo la presentación del candidato el Sr. Muñoz Torres, en breves frases, y después usó de la palabra el Sr. Vitórica, quien después de agradecer la acogida afectuosa que se le dispensaba, igualmente que ayer en el Casar, dijo no ser partidario de las promesas electorales; que si como esperaba del valioso apoyo de cuantos le rodeaban, conseguía el triunfo, entonces sería la ocasión de demostrar con hechos y no con palabras, lo que debe ser un diputado para su distrito.

En casa del Sr. Godoy saludaron al Sr. Vitórica, en

tre otras personas, el párroco y los Sres. Rebollo Cotrina, D. Luis Holgado, D. Victoriano Rodríguez, D. Juan Blázquez, D. Juan Godoy Muñoz, D. Antonio Payero, D. Fausto Martín, D. Antonio Araya, D. Antonio Godoy, D. Pedro Vinagre, don Antonio Morro, D. Juan la Osa, D. Fulgencio Muñoz, D. Tomás Vinagre, D. Manuel Valcárcel, D. Germán Galeano, D. Natalio Blázquez, D. Jacinto Morro, don Juan Rodríguez, D. Francisco Borreguero, D. Juan Liberal, D. Severiano Segundo, D. Tomás Sánchez, D. Pedro Castaño, D. Gregorio Vinagre, D. Cándido Doncel, don Nicolás Martín, D. Bartolomé Morro, D. Valeriano Calvo Corchado, D. Vicente Muñoz, D. Casimiro Muñoz, don Cipriano Holgado, D. Justo Femia, D. Bernardo Liberal, D. Jacinto Vivas, D. Francisco Sánchez, D. Gumersindo Holgado, D. Gumersindo Araya, D. Sandalio Holgado, D. Francisco Bravo, D. Alejandro Rebollo, D. Andrés Gil y otros muchos cuyos nombres sentimos no recordar.

En Malpartida

Conocidos los elementos de valor y de prestigio con que el partido conservador contó siempre en el simpático pueblo de Malpartida, a nadie extrañará que aseguremos que todo cuanto vale y significa en aquella localidad, saliera a recibir al señor Vitórica.

¿Nombre? Imposible darlos todos, y para no caer en omisiones nos abstenemos de darlos.

Sólo podemos afirmar que el entusiasmo, el afán por el triunfo de la buena causa, se reflejaba en los rostros de todos y así el Sr. Vitórica tuvo que limitarse, cuando después de ser presentado por D. García Muñoz a los amigos que pudieron haber en la casa del jefe conservador D. José Mogollón, sólo tuvo que limitarse, repetimos, a darles las gracias por su entusiasmo y su fe en el triunfo, entusiasmo y fe de la que él participa.

No necesitó pues, como nunca lo necesitaron los conservadores de Malpartida, excitar a la lucha; habló de su deseo de sostenerla sencillamente como un deber de conciencia que le colocaba al lado de las derechas para defender a España de aquellos que la precipitaron en la ruina y que pretendieron deshonrarla, llevándonos a una guerra funesta en la que nada podríamos ganar y si tendríamos mucho que perder.

Las palabras del Sr. Vitórica son acogidas con muestras de entusiasmo y después de dar un paseo por las lindas y acedadas calles de Malpartida, se emprendió el regreso a esta ciudad, donde muchos amigos esperaban en casa de D. Miguel Muñoz para saludar al candidato señor Vitórica.

Los vinos años del Río, ARROYO, blanco y tinto, se venden en todos los buenos establecimientos de Cáceres.

TIENDA-ASILO

Raciones expendidas en este Establecimiento el día 11 del actual.

De comida	234
De cena	378
De pan	255

Ardenes de «El Noticiero»

La verdad es que «El Noticiero» está utilizando a favor de su patrocinado todos los medios que le sugiere su fecunda fantasía y aunque aparenta una serenidad estóica, no deja de sentir un miedo que a medida que transcurren los días va en crescendo y ya reviste todos los caracteres de verdadero pavor. ¿Qué será cuando llegue la víspera?

De su caballerosidad nada hay que añadir, después de la campaña personal que ha emprendido, y que como era de esperar, le ha resultado un tanto desigual, ó dígase contraproducente, porque hay armas de doble filo que hieren más al que las esgrime que a la víctima contra quien van dirigidas.

Ayer nos sorprendió con la retirada del Sr. Vitórica, por desautorización del jefe, el cual, por lo visto, no se había enterado de la presentación del candidato sin duda porque no debe de leer «La Acción».

Suponiendo que en algún otro número apelaré a los gases asfixiantes, que desde que los inventaron los germanos han hecho furor y sobre todo cuando se emplean contra los candidatos.

Por fin, requiere con toda seriedad que se firme una especie de contrato para no repartir dinero, lo cual nos sugiere el recuerdo de un alcalde que era muy dado a tirar de la oreja a Jorge y que en estas andanzas perdió el dinero y cuando ya se vio arruinado, queriéndola echar de persona justificada publicó un bando diciendo que siendo intolerable é inmoral el juego, quedaba rigurosamente prohibido.

Hablar del dinero «El Noticiero», es tanto como mentar la soga en casa del ahorcado.

Con que se prohíba el dinero, ¿pero es que «El Noticiero» ha perdido ya la memoria y no sabe que sin el dinero jamás hubiera obtenido el acta de Cáceres ni la de Hoyos?

¿Es que también se le han acabado ya los cuartos a «El Noticiero»?

Cuando se cuenta con el apoyo de todas las casas grandes de la ciudad, y con la historia maurista del distrito y con la opinión pública que representa la prensa, excepto el convecino, es inocente apelar a supuestos sobornos, poniéndose el parche antes de la herida.

Y puestos ya a pedir, nosotros pediremos que se deslitiesen todos los alcaldes Sánchez Rosistas y se desmontase la máquina electoral y se encerrasen en aquel día a todas las personas influyentes y se cerrasen las tabernas y se prohibiera hablar en absoluto con los electores para que la elección resultase un poco más legal, y entonces es seguro que el patrocinado de «El Noticiero» no tendría más votos que los de la tabacalera y los empleados de sus oficinas, que es entre quienes creemos que debe tener ascendente, porque en este distrito es un verdadero intruso, a no ser que lo heredase de su difunto cuñado, que como saben nuestros lectores, era maurista y también fué acusado de soborno, de lo cual estará más enterado el propio candidato, que entonces fué el director de orquesta y por cierto estaba a partir un pifión con «El Noticiero».

¡Y charlas todavía de escrupuloso!

Nada, que se repita la fábula de Micifut y Zapirón.

En San Mateo

Accediendo a la invitación que el Sr. Párroco le hizo, ayer tuvo el sermón de las Cuarenta Horas, el notable orador sagrado D. Juan Santamaría Zárate, capellán de honor de S. M. y rector de la Capilla del príncipe Pío.

Obedientes a las instrucciones sobre reñenas de los discursos sagrados en la prensa, ningún elogio hemos de hacer del orador y del sermón.

Puso en éste de manifiesto cuánto trabajaba el mal por llevar a la sociedad por los caminos de perdición, de apartamiento de Dios; y demostró cómo la única salvación de la sociedad está en agruparse en derredor de Cristo, Bondad y Bien sumos, del que irradian las virtudes todas.

Cuando habló del hogar cristiano, hoy en ruinas por la práctica de la vida de las pasiones; cuando invocó a la Virgen pidiéndole protección para España, para nuestros Reyes, nuestras autoridades y nuestro pueblo; cuando cantó a la caridad cristiana, los corazones se elevaban hasta el Altísimo en súplica de perdón y protección.

Que las semillas que los sembradores arrojan sobre las almas den frutos abundantes de virtud.

G. Beriténs

Especialista en las enfermedades de los ojos, oculista del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús de Madrid y del Dispensario de Oftalmología del Instituto Rubio.

Consulta especial

para las enfermedades de la vista

Luna, 40, 2.ª—Madrid

Tendrá establecida su consulta especial para dichas enfermedades de los ojos, en Cáceres (Fonda España), desde el día 12 al 28 del presente mes de Febrero. Consulta, de DIEZ a UNA.

Se gradúa la vista y se prescriben lentes

Se ruega a los enfermos que necesitan operarse, acudan a la consulta en los primeros días.

Las listas negras españolas

Volvemos a insistir sobre este punto porque es conveniente aclarar una modalidad que se va introduciendo en la vida comercial contraria a la nobleza del proceder de nuestra raza y a la hidalguía de nuestras costumbres.

Unos cuantos, muy pocos, hijos desnaturalizados de esta hidalga nación, por servir con besjea y desdoro de nuestro nombre a potencias y presiones extrañas, denuncian a estas naciones a comerciantes españoles, compatriotas suyos, para aislarlas de las relaciones comerciales, no sólo con los de la Entente, sino con los que trafican con los pueblos occidentales.

A estos pocos, que así olvidan su deber y degradan su dignidad como esbirros de la Inquisición que requisaban víctimas para la hoguera, cabe un procedimiento muy sencillo que sirva de correctivo a tan innoble proceder, prescindiendo del Gobierno con el cual no se puede contar para casos de esta naturaleza.

El procedimiento se reduce a que la Prensa formule una relación de los individuos que, olvidando sus deberes de español, denuncian la opinión de sus connacionales, en la cual se diga: «Relación nominal de los comerciantes españoles que han denunciado a otros de su clase y de su nación, para ponerles en entredicho de toda